



Begonya Enguix Grau

**Orgullo, protesta, negocio
y otras derivas LGTB**

Begonya Enguix Grau

ORGULLO,
PROTESTA, NEGOCIO
y otras derivas LGTB

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	13
<i>Making of</i>	23
Agradecimientos.....	29
1. DE GLORIA GAYNOR A ALASKA	31
Breve historia en movimiento.....	31
La «espinosa» cuestión de la identidad	42
2. NUESTROS CUERPOS:UN CAMPO DE BATALLA	51
Los cuerpos importan: sexos, géneros, sexualidad.....	62
Cuerpos masculinos y género.....	69
El cuerpo y el Orgullo.....	76
Cuerpo-espectáculo, ver y ser visto: políticas de la re/representación ...	89
Otros cuerpos: protesta y consumo positivo	105
Mi cuerpo, un campo de batalla: el orgullo crítico y el cuerpo.....	112
Cuerpos y Orgullos: consideraciones finales.....	118
3. SALIR EN LA FOTO O SER UN MARGINAL: ORGULLO Y POLÍTICA	125
Derechos humanos, ciudadanía sexual, objetivos y estrategias políticas.....	135
¿LGTB, LGBT, LGTBIQ, LGTBIQ+, LGTB+, LGTBH, GGGGGL?	
¿Gays y Lesbianas? ¿Gays? ¿Qué?.....	160
Activismos asimilacionistas/oficialistas y activismos radicales (críticos o <i>queer</i>).....	171
Distintos modelos de Orgullo	186
Orgullo es poder: marcadores de activismo	194
Organización, pancartas y consignas	198
Manifiestos	207
Lemas: igualdad (real), visibilidad y diversidad.....	219
Visibilidad como acto político.....	229
Política y/como espectáculo.....	237

Instituciones públicas.....	249
Partidos políticos y áreas LGTB de los partidos	261
Orgullo, Activismo y Política: consideraciones finales	270
4. NUESTROS DERECHOS (NO)SON NEGOCIO.....	277
El WorldPride	298
Cómo hemos llegado hasta aquí: <i>ambiente</i> , activismo y asocia- ciones empresariales	310
Nuevos modelos de protesta: la Manifiesta como estrategia política...	328
Carrozas.....	340
Orgullo, consumo, negocio.....	355
Bienvenidxs a FITUR: lo «gay» como negocio.....	355
Consumo, política e identidades.....	367
Ciudad, turismo, marca.....	371
Protesta/fiesta/negocio/reivindicación: consideraciones finales...	378
CODA: ¿NOS MANIFESTAMOS O DESFILAMOS?	393
LISTA DE ENTREVISTAS.....	419
BIBLIOGRAFÍA.....	421

Siempre hay un antes y un después.

Este libro narra la travesía entre un «antes» representado por la canción de Gloria Gaynor *Sobreviviré* (1978) y un «después» que corea a gritos la canción *A quién le importa* (1986), interpretada por Alaska. Ambas canciones se han convertido en himnos LGTB y sirven para ilustrar el paso de una situación social opresiva, en la que había que sobrevivir, a una situación de autoafirmación, orgullo y consecución de derechos. La transición de «primero tenía miedo», primera estrofa de la canción de Gaynor, a «qué más me da si soy distinta a ellos; no soy de nadie, no tengo dueño» de Alaska simboliza la transición del estigma al Orgullo, el paso del armario a la carroza.

PRÓLOGO

Mi «antes» se sitúa en 1987. Como estudiante de antropología empecé a realizar un trabajo de campo que me conduciría en 1993 a defender una de las primeras tesis doctorales del país sobre lo que entonces se llamaba «homosexualidad» masculina. En nuestro país, en aquellos días, los estudios sobre género eran incipientes, los estudios sobre sexualidad realizados desde las ciencias sociales eran prácticamente inexistentes y las libertades y los logros legislativos eran otros.

Mi «después» empieza en 2008 y nace de mi interés por unas manifestaciones que primero fueron por la liberación sexual, luego fueron del Orgullo gay y a principios de este siglo se convirtieron en manifestaciones LGTB de lesbianas (L), gays (G), transexuales (transgénero) (T) y bisexuales (B).

Las manifestaciones del Orgullo LGTB que se celebran en distintas ciudades de España, los distintos actos de todo tipo que se dan en torno al Orgullo LGTB y otras referencias a las realidades LGTB son objeto de una creciente atención por parte de los medios de comunicación. Este texto aspira a arrojar luz sobre el Orgullo pero también sobre aquello que lo sostiene, que le da forma y sentido, es decir, sobre los activismos y las identidades LGTB o LGTB+. Con frecuencia, los medios de comunicación refieren sus noticias a lo «gay» y hablan del Orgullo «Gay» (sic): en este texto usaré la denominación LGTB, que es la más comúnmente utilizada en España. En otros países lxs bisexuales preceden a lxs trans y se habla de LGBT y no LGTB. Algunos colectivos activistas están empezando a añadir el signo «+» a este acrónimo para incluir a quienes quedarían fuera de las siglas. Otros colectivos añaden la «I» (intersexuales) o la «Q» (*queer*). En este texto utilizo LGTB como

un acuerdo de mínimos: no es un acrónimo finito ni autocontenido, pero sí un buen punto de partida.

El eje vertebrador de este texto es la Manifestación Estatal del Orgullo LGTB que se celebra cada año el primer sábado del mes de julio en Madrid. Conmemora las revueltas de Stonewall iniciadas la noche del 28 de junio de 1969 en el Stonewall Inn de Nueva York. Las revueltas de Stonewall no fueron las primeras ni las únicas revueltas que hubo en aquellos tiempos, pero han pasado a la historia porque lxs activistas las consideraron conmemorables y además tenían la suficiente infraestructura para hacer posible un ritual conmemorativo anual en forma de manifestación (Armstrong y Crage, 2006: 724).

La idea de convocar una manifestación anual fue –y sigue siendo– una idea muy acertada, pues permite la movilización y la participación en distintos lugares y momentos, algo que no podría haberse promovido mediante otro tipo de conmemoración como, por ejemplo, poner una estatua en el Stonewall Inn.

La manifestación de Madrid es el centro de este trabajo porque es la manifestación LGTB más grande de Europa según datos de la organización. Está convocada por uno de los mayores colectivos LGTB del país, COGAM (Colectivo LGTB+ de Madrid), que cuenta con unxs 400 socixs. En la organización colabora con COGAM la Federación Estatal de LGTB (FELGTB) que aglutina a colectivos LGTB de todo el Estado y gestiona la convocatoria estatal. Año tras año, la manifestación saca a la calle a más de un millón de personas, según datos de lxs organizadorxs. La diferencia entre las cifras de socixs (o militantes) en el activismo LGTB del país y las cifras de participantes en la Manifestación Estatal es enorme e indica que se siguen ciertas estrategias para conseguir esa movilización. La Manifestación Estatal se celebra en julio y no en torno al 28 de junio para permitir la participación de los colectivos que forman la FELGTB. Los colectivos locales celebran las manifestaciones en sus lugares de origen en torno al 28 de junio. Julio se reserva para la convocatoria estatal.

Aunque la Manifestación Estatal de Madrid es el eje de este texto, para comprenderla en su complejidad he analizado también las mani-

festaciones convocadas por el Orgullo Crítico en Madrid y Barcelona y las manifestaciones del Orgullo que se celebran en Barcelona, Valencia y Sevilla, por ser las mayores ciudades del país.

La manifestación como estrategia política de protesta se origina en el siglo XIX en relación con las luchas obreras. La manifestación es la estrategia expresiva más importante de los movimientos sociales: la Manifestación Estatal del Orgullo LGTB es considerada como el acto central de las celebraciones del Orgullo y del activismo LGTB de nuestro país.

Las manifestaciones del Orgullo simbolizan «el paso de la *Gemeinschaft* a la *Gesellschaft*, de la comunidad gay a la cultura gay nacional» (Herdt, 1992: 11). Son un modo de desestabilizar y enfrentar los procesos de la opresión lgtbfoba mediante la ocupación de los espacios públicos. Al convertir el estigma y la vergüenza en orgullo, al armario en visibilidad, las manifestaciones del Orgullo demuestran ser simbólicamente eficientes.

Eribon considera que estas celebraciones para afirmar el derecho a existir han modificado la definición tradicional de la política, como antes hizo el movimiento feminista (Eribon, 2000: 31). También se han considerado una expresión de poder (Israel, 2006), una parodia y su reverso (Toscani, 2005), un ritual de inversión (Turner, 1988) y parte de complejos procesos de globalización y transnacionalización de lo identitario (Altman, 1996). A pesar de la indudable existencia de aspectos transversales y universalizables en las celebraciones del Orgullo gracias a su estrecha conexión con el activismo LGTB, las manifestaciones en nuestro país mantienen unas características diferenciales respecto a otras manifestaciones que las singularizan.

Entendidas como «acciones colectivas resultado de la redefinición del espacio público operado entre expresiones y episodios del conflicto» (Scribano, 2003: 85), las manifestaciones del Orgullo ocupan las zonas centrales de las ciudades españolas donde se celebran. Interrumpen su funcionamiento cotidiano, desnaturalizan la heterosexualidad del espacio público (Johnston, 2001: 190) y transgreden

normas no articuladas. Resignifican el espacio en el que ocurren y, por unas horas, transforman las relaciones sociales y de poder.

Las manifestaciones del Orgullo son también instrumentos de ruptura simbólica (Cruces, 1998) que cuestionan la frontera entre lo público y lo privado. Al mostrarse públicamente, sus participantes convierten elementos antes íntimos y privados como la sexualidad, los afectos y la emoción, en el centro de un debate político sobre la igualdad, la diferencia y los derechos. Como en el feminismo, lo personal deviene político; es político.

La Manifestación Estatal del Orgullo LGTB de Madrid es un fenómeno denso, poliédrico, espectacularizado y contradictorio. No es un festival, ni una cabalgata, ni una fiesta ni un desfile, aunque hay algo de todo eso en ella y los medios de comunicación se refieren a ella utilizando con frecuencia esos términos. Nos habla sobre la configuración contemporánea de la política, las identidades, las lógicas neoliberales, los activismos y los movimientos sociales. Nos habla de los límites borrosos y móviles entre ellos, de sus contornos desdibujados y de las intersecciones de los cuerpos que protestan y se divierten con la política y el mercado. En ella late el pulso de nuestra sociedad actual. Año tras año, me fijo en sus participantes, en quienes portan la pancarta inicial, en quienes leen el manifiesto; con estos datos, se pueden trazar mapas de influencias, alianzas, complicidades y ausencias. Su enorme éxito de convocatoria –tanto en lo que respecta a participación como a público– promueve cierto «contagio emocional» (Britt y Heise en Ammaturo, 2016) del significado último de la manifestación, la igualdad de derechos. Un buen ejemplo del contagio emocional es la proliferación de banderas del arcoíris portadas por todo tipo de personas y exhibidas en todo tipo de locales durante las celebraciones del Orgullo (aunque esto también es susceptible de una lectura en clave comercial y de negocio).

En nuestro contexto actual, cada vez importan más los símbolos y las emociones. Ya no se habla de la «verdad» sino de la posverdad, una «verdad» relativa alimentada por lo emocional y no solo por lo «objetivo» o «racional». La atención a lo emocional ha inundado la

comunicación política y el *marketing*: tenemos una «nueva» política, tenemos formas de publicidad «afectiva» y de *marketing* «emocional». En el capitalismo «sexual» y «emocional», todo, desde nuestras experiencias más íntimas hasta nuestro trabajo, puede ser (o es) objeto de transacción económica. La Manifestación Estatal puede ser vista como una «catarsis» colectiva y emocional: sin duda, es un caso paradigmático para entender mejor las lógicas que nos rigen y cómo se relacionan e interseccionan.

En todos los lugares donde se convocan manifestaciones, se considera que la manifestación es el acto central de las celebraciones del Orgullo. En algunas ciudades, la manifestación es el acto final que cierra unos días de celebración y fiesta. En Madrid, las celebraciones del Orgullo que no son la manifestación reciben el nombre de MADO (Madrid Orgullo). Madrid Orgullo está organizado por una asociación empresarial, AEGAL (Asociación de Empresas y Profesionales para Gays y Lesbianas, Bisexuales y Transexuales de Madrid y su Comunidad) con la colaboración de COGAM y FELGTB. En Madrid, «las fiestas del barrio las trabajan mano a mano COGAM y AEGAL, siendo esta última la encargada de la producción y programación de los escenarios» (Orgullo LGTB, 2016).

El Orgullo, MADO, se inicia con un pregón en la plaza de Chueca y consiste en una serie de actividades culturales y festivas que pueden llegar a durar una semana o más (caso del WorldPride). Entre las actividades culturales se programan presentaciones de libros, mesas redondas, películas, debates, exposiciones. Las actividades lúdico-festivas incluyen fiestas privadas en locales LGTB y conciertos en distintos escenarios (Chueca, plaza de España o Callao, por ejemplo). Estas celebraciones se inscriben en un proceso de transformación de las ciudades en espacios de consumo, ocio y entretenimiento que genera enormes oportunidades de negocio por su rentabilidad turística (entre otras).

Puesto que el lenguaje tiene capacidad performativa y acaba dando forma a aquello que designa, debo hacer una precisión. Cuando hablo de Orgullo, incluyo tanto las manifestaciones como las fiestas y otras actividades que se celebran en torno a la manifestación. Las

manifestaciones por la Liberación (homo)sexual, el Orgullo Gay, el Orgullo LGTB o el Orgullo a secas para conmemorar las revueltas de Stonewall de 1969 son la base sobre la que, en muchas ciudades, se ha construido todo un programa de eventos al que también se llama Orgullo, pero que hay que distinguir de la manifestación. En algunas ciudades españolas, solo hay manifestación. En otras ciudades, los días de actividades culturales y festivas asociadas a la manifestación han ido creciendo de tal modo que se han convertido en las fiestas de la ciudad: en Madrid, el programa de MADO (Madrid Orgullo) no tiene nada que envidiar al programa de las fiestas de la Mercè de Barcelona o al de las Fallas de Valencia, por poner algunos ejemplos. Distinguir MADO de la manifestación es imprescindible para abordar el fenómeno del Orgullo en su complejidad. Con frecuencia, ambos se confunden y en base a esta confusión se elaboran complejos debates sobre el «verdadero» significado del Orgullo que, al no distinguir la manifestación de los otros eventos, parten de un supuesto equivocado.

Este texto se centra en el periodo comprendido entre 2008 –el año siguiente a la celebración en Madrid del Europride– y 2017, año de la celebración del WorldPride en Madrid. En España, en esos años, encontramos tres modelos de manifestación del Orgullo: las manifestaciones organizadas por colectivos activistas pertenecientes a la FELGTB (Federación Estatal LGTB), las manifestaciones organizadas por el Orgullo Crítico y el Pride Barcelona. Cada modelo dibuja distintas geometrías de poder entre los tres actores sociales principales que participan o pueden participar en la organización: el activismo LGTB, las asociaciones empresariales LGTB y las instituciones públicas. El Orgullo Crítico –con este u otros nombres– se organiza en Madrid, Barcelona y puntualmente en otras ciudades, sin carrozas y sin participación de la empresa. El Pride Barcelona está organizado por una asociación empresarial catalana, ACEGAL, con la colaboración de las instituciones públicas y de distintos colectivos activistas: algunos pertenecen a la FELGTB y otros no. Las manifes-

taciones organizadas por colectivos de la FELGTB y la Manifestación Estatal –a partir de ahora Orgullo oficialista– se caracterizan por estar organizadas por activistas: el peso de las asociaciones empresariales y de las instituciones públicas en su organización, bien sea como entidades organizadoras o colaboradoras, varía en las distintas ciudades. El apoyo del Ayuntamiento de Sevilla al Orgullo del Sur en 2009 y 2010 fue mayor que el peso del Ayuntamiento en las manifestaciones de Valencia o Madrid en esos mismos años, donde su papel era mínimo en el Orgullo y en la manifestación, ninguno. Los equilibrios entre estos tres actores –activismo, empresa e instituciones– son puntuales e inestables y varían de un lugar a otro y de un año a otro en función del contexto político, de quién gobierna y de su compromiso con los derechos LGTB. También dependen de la voluntad activista de colaborar con las asociaciones empresariales en mayor o menor medida.

Existe un cuarto actor que, aunque no participa estrictamente en la organización de las manifestaciones, sí podría llegar a tener un papel algo desestabilizador si su protagonismo acabara absorbiendo a los colectivos LGTB: se trata de los partidos políticos, cada vez más presentes en la manifestación de Madrid y con creciente protagonismo en su escenario final.

Aunque las manifestaciones oficialistas analizadas (Madrid, Sevilla y Valencia) parten de un modelo similar, las distingue su escala: Madrid acoge la mayor y la más espectacular. En Madrid participan grupos activistas de todo el Estado y su número de carrozas patrocinadas por empresas dobla o triplica las que encontramos en Valencia o Sevilla.

La visibilidad, la diversidad y la demanda de igualdad son los ejes fundamentales que dan sentido a la Manifestación Estatal. Gracias a una estrategia basada en la «unidad en la diversidad», reúne a cientos de miles de personas. En los últimos años, lxs activistas, conscientes de la paradoja identitaria y como forma de salir de ella, apelan ya no a la igualdad sino a la igualdad en la diversidad. Incluso algunos gobiernos de izquierdas han dado este nombre a su Consejería de Igualdad (por ejemplo, la Comunitat Valenciana). Según los colecti-

vos convocantes, esta enorme movilización les otorga legitimidad y poder de interlocución social. Con sus lemas y manifiestos pone en la agenda social y política cuestiones que de otro modo quedarían invisibilizadas. Con sus carrozas, recuerda que todo empezó en una fiesta el 28 de junio de 1969. La Manifestación Estatal es anarquía y orden, estructura y *communitas*.

La celebración del Orgullo en España y, en particular, la Manifestación Estatal del Orgullo LGTB está atravesada por tres tensiones que han sido utilizadas para construir los tres ejes que estructuran este libro. La primera tensión se refiere a las políticas corporales. Año tras año se suceden los debates sobre si la forma de mostrarse en la manifestación, es decir, la imagen que se da, es la «adecuada» y representa las realidades LGTB o bien es «inadecuada», excluyente y poco acertada para entender las realidades LGTB. Lxs participantes en las manifestaciones defienden la diversidad representacional, pero muchxs siguen atacando unos «clichés» que consideran contraproducentes y/o contradictorios con la lucha por los derechos (Feijoo, 2013). En este punto, el papel de los medios de comunicación es fundamental, pues suelen ilustrar las noticias sobre las manifestaciones con imágenes de hombres en tanga en las carrozas más que con imágenes de familias con sus hijxs, optando así por destacar lo más estereotipado, espectacular y controvertido. Esta discusión se desarrolla en el segundo capítulo «Nuestros cuerpos: un campo de batalla».

La segunda tensión se origina y deriva del debate sobre el estatus político de la manifestación. Las manifestaciones del Orgullo son muy distintas de otras manifestaciones del país, como pueden ser la manifestación del primero de mayo, día de lxs trabajdorxs, o la del 8 de marzo, día de las mujeres. Las manifestaciones oficialistas –sobre todo la de Madrid– aúnan protesta y fiesta de un modo que para muchxs es difícilmente comprensible y compatible. Con frecuencia, se considera que la manifestación es más una fiesta que una protesta, atendiendo más a la segunda sección de la manifestación con sus coloridas carrozas y su música atronadora, que a la primera, en la que los colectivos activistas marchan con sus pancartas. La discusión sobre

el estatus político de las manifestaciones, sus implicaciones políticas y sus relaciones con la política formal se desarrolla en el tercer capítulo, «Salir en la foto o ser un marginal: Orgullo y política».

La tercera tensión tiene que ver con las relaciones entre activismo y empresa, por un lado, y entre reivindicación y negocio, por otro. Igual que en el caso anterior, se suele considerar que ambos términos del binomio no pueden darse conjuntamente por estar sujetos a lógicas distintas: el activismo debería regirse por la lógica política y de protesta mientras que la empresa se rige por una lógica mercantil para obtener los mayores beneficios posibles. Ambas lógicas se consideran incompatibles y difícilmente armonizables.

La crítica a la mercantilización y a la participación de carrozas patrocinadas por empresas en las manifestaciones oficialistas es uno de los argumentos fundamentales del Orgullo Crítico. Desde este posicionamiento se organizan manifestaciones alternativas: en Barcelona, la organiza la Comissió Unitària 28 de juny y, en Madrid, el Orgullo Crítico (o Indignado, o Toma el Orgullo, etc.). Estos grupos parten de posiciones *queer* y anticapitalistas y celebran las manifestaciones en torno al 28 de junio. El cuarto capítulo de este libro, «Nuestros derechos (no) son negocio», trata de la relación entre el movimiento LGTB, el mercado y las identidades de y para el consumo.

Estas tres tensiones atraviesan la Manifestación Estatal del Orgullo LGTB de Madrid y a su vez forman un entramado en el que los distintos elementos se constituyen en relación unos con otros, se refuerzan, acercan, oponen o distancian. Es casi imposible entenderlos aisladamente. Al pensar cómo deben ser los cuerpos de lxs manifestantes nos basamos en un modelo ideal y dicotómico de protesta (y política) que la contrapone a otras formas de estar en el mundo, como por ejemplo ir de fiesta. En cambio, la Manifestación Estatal, como argumento de imágenes (Cruces, 1998), es un fenómeno plural y muy visual: hay vestidos espectaculares y espectacularizados (en la sección de carrozas) que se conectan tanto con la expresión y esencia de lo político (y cómo debe mostrarse) como con el consumo y el negocio (gimnasio, anabolizantes, ropas de marca, etc.). Pero también existe

lo contrario, con conexiones inversas con la política y el negocio. Mostrarse en público, y la interpretación que de ello se hace, remite tanto a los estereotipos sociales sobre las realidades LGTB como a ciertas tradiciones de presentación (*drag*, uso de disfraces y máscaras) que están asociadas a las realidades LGTB. La tercera tensión afecta también a la segunda tensión: en algunos discursos, se considera que las carrozas anulan el estatus político de la manifestación porque la fiesta, la protesta y el negocio se construyen idealmente como esferas incompatibles. Así, la Manifestación Estatal de Madrid se convierte en un ejemplo de cómo nuestros cuerpos, la política y el mercado están incrustados unos en otros. Por eso, es un caso ideal para analizar la articulación entre cuerpos, activismo, política y mercado en las sociedades contemporáneas. Esa articulación da forma al modo en que conocemos y pensamos las realidades LGTB e ilustra la complejidad que entraña establecer hoy líneas divisorias claras entre elementos que antes aparecían como separados, opuestos e incompatibles.

Este texto está estructurado en cuatro partes. En el primer capítulo esbozo la historia del movimiento LGTB y desarrollo una discusión sobre la «espinosa» cuestión de la identidad. Los capítulos 2, 3 y 4 se corresponden con los ejes fundamentales de tensión y articulación del Orgullo que he identificado: cuerpos (capítulo 2), política (capítulo 3) y negocio (capítulo 4). El capítulo sobre cuerpos se centra en el análisis de los cuerpos masculinos porque son los cuerpos más espectacularizados en el Orgullo y porque han sido mi campo principal de investigación. El libro finaliza con una coda en la que se vuelcan las reflexiones finales.

Aunque forman parte de la misma obra, los distintos capítulos pueden ser leídos independientemente. Esto conlleva algunas repeticiones de conceptos e ideas que he considerado inevitables para ilustrar las múltiples conexiones de este fenómeno modular y complejo.

CAPÍTULO 1

DE GLORIA GAYNOR A ALASKA

BREVE HISTORIA EN MOVIMIENTO

Las manifestaciones del Orgullo son una estrategia expresiva del movimiento LGTB; este es un movimiento social de base identitaria (también llamados Nuevos Movimientos sociales o NMS). Generalmente, se distinguen tres generaciones en dicho movimiento (Nicolas, 1978; Petit y Pineda, 2008). La primera generación está representada por la primera organización abiertamente política y homosexual, el Comité Científico-Humanitario, fundada por el alemán Magnus Hirschfeld en 1897. Esta organización abogaba por la descriminalización de la homosexualidad con el argumento de que era un «tercer sexo» inherentemente diferente («alma de mujer en cuerpo de hombre»). Fue brutalmente aniquilada con la llegada de los nazis al poder (Altman, 2002; Nicolas, 1978).

Hasta el final de la Segunda Guerra Mundial no aparecen nuevas organizaciones. En 1946 se crea en Holanda el COC (*Cultuur en Ontspanningscentrum*). Nacen también *Arcadie* en Francia (1954) y la *Mattachine Society* en EE.UU. (1951). Fundada por Harry Hay, miembro activo del Partido Comunista, la *Mattachine Society* tuvo más éxito que su contrapartida femenina *Daughters of Bilitis* (DOB), explícitamente fundada como una alternativa a la cultura de bares (Taylor, 2002:106). La *Mattachine Society* fue la primera organización de lo que se conoce como movimiento homófilo y defendió abiertamente posiciones asimilacionistas. Como DOB, pretendía la integración en la sociedad heterosexual mediante una estrategia consistente en quitar importancia a la diferencia sexual para buscar la aceptación por parte de la cultura mayoritaria. Destruyó «cualquier posibilidad de movilización masiva porque aniquiló el potencial para la formación de una identidad

colectiva» diferenciada (Engel, 2002). En Francia, *Arcadie* obedecía a la misma lógica (Nicolas, 1978).

Según Nicolas (1978), la tercera generación del activismo gay, hoy LGTB, se inicia en el Stonewall Inn de Nueva York a una hora exacta: la 1.20 de la madrugada del sábado 28 de junio de 1969. El día 27 había sido el funeral de Judy Garland –otro icono gay– y el bar estaba lleno. A esa hora sus muchos clientes respondieron violentamente a una redada de la policía. Las más de 2.000 personas que se llegaron a congregarse en el bar ese día y los días siguientes mantuvieron el pulso con la policía. Muchas de esas personas eran lo que Marotta ha llamado «homosexuales poco convencionales» (*drags*, prostitutas, hombres negros) (en Engel, 2002). Stonewall no fue una respuesta aislada a la opresión. Ya en 1965 había habido revueltas; en 1969 hubo también revueltas en San Francisco, Filadelfia y otros lugares (Armstrong, 2002, 2006; Bernstein, 2002). La liberación gay existió antes de Stonewall porque sin una política radical, los activistas no hubieran respondido al conflicto, ni hubieran puesto en circulación relatos sobre su importancia ni hubieran planeado rituales conmemorativos (Armstrong y Crago, 2006: 743). Aún así, se da por sentado que Stonewall dio inicio al movimiento gay moderno, ya que poco después se creó el *Gay Liberation Front*, que fue rápidamente exportado a otros países.

La tercera generación del movimiento no se entiende sin el contexto cultural y político de los años 60 (Plummer, 2015: 344 y ss.). Los movimientos por los derechos civiles, los movimientos feministas, el antibelicismo, la *New Left* y otros movimientos de los años 60 prepararon el camino para la transformación del movimiento gay (Taylor, 2002: 106). Los «militantes negros proporcionaron un modelo de minoría oprimida que transforma su «estigma» en motivo de orgullo y fuerza» (Duberman et al., 1990: 466). En contraste con el movimiento homófilo de la generación anterior, la liberación gay rechazaba el asimilacionismo desde una posición de «orgullo» y «fuerza». El lema *proud to be gay* (orgulloso de ser gay) era en sí mismo revolucionario: transfería el estigma desde el individuo homosexual a la sociedad que lo condenaba. Los homosexuales ya no eran enfermos ni perverti-

dos: lo que era una enfermedad era el prejuicio social contra ellos (Galloway, 1983: 216). El término «homosexual», constituido hasta entonces como una categoría estigmatizante y medicalizada, se sustituyó por el de «gay», un término que simbolizaba la autoafirmación y el reconocimiento del poder interno (Engel, 2002: 388). Se inició una nueva política centrada tanto en el orgullo como en el concepto de *coming out*, que, en nuestro contexto, se ha traducido como «salir del armario». La visibilidad social se convirtió a la vez en un objetivo y en una estrategia política.

El movimiento gay se expandió como la pólvora dentro y fuera de EE.UU. Antes de Stonewall existían unas 50 organizaciones gays en EE.UU. En 1973 existían más de 800 grupos. Las mayores manifestaciones pre-Stonewall convocaban a unas docenas de personas. En junio de 1970, 5.000 hombres y mujeres se manifestaron en Nueva York en la primera conmemoración mundial de la rebelión de Stonewall. A mediados de los años 70, las manifestaciones anuales en distintas ciudades «eran mayores que cualquier otra manifestación política desde el declive de los movimientos por los derechos civiles y anti-guerra» (Duberman, 1990: 466).

Jeffrey Weeks (2015: 55-56) considera el movimiento de liberación gay como un movimiento de y para la gente LGBTQI (lesbianas, gays, bisexuales, trans, *queer* e intersexuales). Su lenguaje, su retórica y sus ideas y prácticas se enraizaban en un momento cultural, social y político particular. Se presentaba a sí mismo como parte de un movimiento más amplio de emancipación y pronto se dio cuenta de que podía dar cobijo a muchas ideas, prácticas, identidades y políticas. La energía se fue concentrando en una política práctica y enfocada a la consecución de derechos, además de mantener una ideología política revolucionaria que abogaba por la transformación social y sexual. A finales de los años 70, según Weeks, la retórica emancipatoria se fue disipando en sintonía con un retroceso mundial de las ideas políticas radicales. Las sociedades americana y británica (principalmente) giraron hacia posiciones conservadoras. La epidemia del SIDA puso en riesgo la vida de muchas personas y la existencia de la «comunidad».